

Ángeles de Guardia que sostienen el Alma

¡Dicen que los hospitales huelen a miedo! Pero nadie habla del otro olor: el de la esperanza aferrándose a lo que queda. Yo lo descubrí aquella tenue mañana que con la voz casi rota, mi brazo tan quebrantado y mi cuerpo desgastado, pregunté: “¿me va a doler? ”, allí estaba él, con su vestidura de blanco radiante, tenía una contagiosa y sutil sonrisa, su voz era tan suave que podía sentir su caricia, pero a la vez, firme que transmitía esa confianza tan deseada y me sostuvo la mirada, una mirada llena de batallas ganadas y perdidas, y respondió con una verdad afilada: “sí...quizá...” Ese momento quedó grabado en mi mente. Existían ángeles de turno capaces de convertir el dolor en un verdadero acto de amor, con sus manos cansadas saben calmar diluvios y una paciencia infinita e incomparable, al cerrar mis ojos que se asemejan a dos lágrimas gigantes, sentí una mezcla entre luz y alivio, como si alguien recogiera mis pedazos para llevarlos a un refugio. Ellos no curan solo cuerpos: sostienen almas al borde de un abismo. Me impresionaba como podían leer el temblor en mis manos antes de que yo misma lo sintiera.

Somos un ejército silencioso, remendado pero muy valiente. Compartimos miradas que gritaban sin sonido, abrazos que no pedíamos pero necesitábamos, sonrisas que nacían justo al límite del llanto. En esa vulnerabilidad común descubrí una verdad feroz: la resiliencia crece cuando dos dolores se encuentran.

Pero desde entonces sé que algunos ángeles no vuelan: caminan agotados pero firmes por los pasillos del dolor.

No hay noche que pueda conmigo: “no si sigo caminando con mis innovadores ángeles de guardia, y siempre acompañada por el Autor de mi vida”.